

E U R O P A D E L E S T E : LA DERECHA SE EQUIVOCA

JOHN K. GALBRAITH

Los acontecimientos de estos últimos meses en Europa del Este se desarrollaron a partir de cambios anteriores en Polonia y la URSS y han dado lugar a una importante discusión económica. Esto no debería sorprendernos. El debate ha sido sensato y razonable, en cierta medida; sin embargo, la mayor parte ha llegado a extremos de una aberración lindante en algo parecido a la locura, y se ha extendido a los dos lados de lo que alguna vez se llamó la Cortina de Hierro, conocida ahora, gracias a un simbolismo más reciente, como Muro de Berlín. Puesto que necesitamos ponerle un nombre, creo que lo mejor sería llamar a la aberración *ideología simplista*.

La *ideología simplista* plantea un mundo tajantemente bipolar: por un lado el comunismo y por otro el capitalismo. Cada uno existe en su versión más pura. Actualmente, y contra todas las predicciones marxistas, el capitalismo ha triunfado. Y puesto que el comunismo ha fracasado tanto económica como políticamente, los países que alguna vez se vieron tan afligidos por él pueden avanzar hacia el nirvana capitalista. Lo mismo pasará, aunque más gradualmente, con la URSS. El futuro les reserva una grandiosa mejoría en la vida económica, a la que se agregarán las libertades que disfrutamos en Occidente. En el interín habrá posiblemente un *shock* doloroso, que debería tal vez ser bienvenido; "Terapia de *shock* para Polonia", proclamaba un reciente titular del *New York Times*. Sin embargo, no hay duda acerca de la recompensa final.

La premisa esencial es que la transición al capitalismo debe ser completa. Este criterio se ha planteado tanto en el Este como en el Oeste. Durante una charla que ofrecí sobre estos asuntos en Budapest, el otoño pasado, fui interpelado por un periodista que se mostraba sorprendido de que no hubiese mencionado a Friedrich Hayek como un guía que llevaba a las necesarias reformas. ¿No era él quien ofrecía el modelo político y económico más realista? Mi interlocutor quedó visiblemente deprimido cuando le respondí que esa era una afirmación riesgosa que nosotros los occidentales no nos atreveríamos a compartir.

El riesgo resultaría muy grande; mucho mayor que los que incluso nuestros más ardientes ideólogos de la libre empresa estarían dispuestos a aceptar, si se encontraran actualmente en el gobierno. Durante el siglo pasado, en la época en que Marx

John K. Galbraith es profesor emérito de economía en Harvard. Este es un extracto resumido de su conferencia para la *Encyclopaedia Britannica*, ofrecida a fines de enero en Edinburgo, Escocia. Traducido por José Cayuela de *The Guardian*, Londres, 4 de febrero de 1990.

escribió, y luego, durante los comienzos de este siglo y en los años de la gran depresión, se dudaba mucho de la supervivencia del capitalismo en su exacta forma ideológica original. La distribución del poder y los ingresos entre empleados y empleadores era claramente desigual. Se despedía a los trabajadores cuando no se les necesitaba y se explotaba cruelmente a mujeres y niños.

Lo que resultaba más amenazante, como lo advirtió Marx, era la reiteración de crisis y depresiones eco-

nómicas que lanzaban a millones de personas al desempleo y la pobreza. Todo ello provocaba ira y alienación y llevaba a muchos a pensar seriamente o incluso a tener casi la certidumbre de que el sistema no podría sobrevivir.

NI POR UN INSTANTE

Pero el sistema sobrevivió porque los mecanismos de beneficencia pública o asistencial estatal (*welfare State*)

mitigaron la dureza y crueldades del capitalismo primigenio. Por otra parte, fueron legitimados los sindicatos y ellos ejercieron un poder de contrapeso. La revolución Keynesiana entregó al Estado la responsabilidad, aún cuando ella fuese asumida de modo imperfecto, de suavizar el ciclo de los negocios y limitar las privaciones y desesperación consiguientes. Prevenir el desempleo masivo y asegurar el crecimiento económico se convirtieron en desafíos centrales para demostrar la capacidad de un gobierno.

Mientras tanto, las transformaciones en la estructura capitalista hicieron obsoleto el propio término, capitalismo. Y luego se produjo la revolución empresarial, según la expresión de James Burnham. Con ella se describía el traspaso del poder, desde aquel que proporcionaba o poseía el capital —el capitalista— a los empresarios profesionales, o burocracia empresarial. Esta burocracia no enfrentó en ningún país la resistencia llevada a extremos de hostilidad que confrontaron los capitalistas primitivos. En esto, como ocurrió con el Estado benefactor y con Keynes, se encontró un paliativo para los antiguos odios y antagonismos del conflicto de clases original.

Aclaremos: lo que aquellos países de la Europa oriental perciben como alternativa al socialismo —o al comunismo, según las referencias más comunes— no es el capitalismo. Si lo fuese, en su forma clásica, no desearían el cambio ni por un instante. La alternativa que advierten es el Estado moderno, con todas sus amplias e indispensables funciones moderadoras y estabilizadoras.

MUCHO MAS BUROCRATICO

Veamos ahora el socialismo. El capitalismo al que tratan de escapar los países europeos orientales se asemeja muy poco al modelo marxista. Lo mismo ocurre con las estructuras políticas y económicas bajo las cuales han vivido y que obviamente han padecido. El socialismo ha debido asumir en su madurez una tarea que ni Marx ni Lenin previeron: la producción de bienes de consumo en toda su moderna diversidad de estilos,

diseño y servicios complementarios. Este fue el modelo impuesto por el mundo no-socialista y el sistema de planificación central y jerarquizado no podría competir con él. Ni pudo confrontar los problemas de la agricultura, una actividad que sólo funciona bien cuando se beneficia de las energías desencadenadas por el individualismo de poseedores y propietarios privados.

Hubo otro hecho sumamente desafortunado para el desarrollo de un socialismo avanzado que se produjo en forma paralela a lo ocurrido en la experiencia capitalista avanzada: el papel creciente, y en último término dominante, que llegó a asumir la organización, la burocracia. Las grandes firmas industriales modernas de EEUU, como *General Motors*, *General Electric* y *Exxon*, y de Gran Bretaña, como *Shell* y *British Petroleum*, generaron un gran aparato burocrático. Eso mismo, y mucho más, ha ocurrido con la producción del socialismo en su madurez. Mucho más, porque en este sistema la empresa productiva está unida en mayor o menor medida a un ministerio supervisor y contralor. El resultado es una estructura organizativa realmente enorme, que lleva a que según algunos cálculos la burocracia soviética alcance unos 30 millones de habitantes.

OBLIGACION DOLOROSA

Estas características básicas —gran organización, burocracia masiva— son comunes a todos los sistemas, a todas las culturas. Existe, en primer lugar, el inevitable efecto de la edad. Solemos aceptar que las personas declinan en cuanto a su capacidad e iniciativa al paso de los años. Lo mismo ocurre con el aparato burocrático de las empresas. De igual forma, al pasar el tiempo, los ministerios y empresas socialistas maduraron y cayeron en una senilidad estéril.

Existe por otra parte la tendencia en las grandes organizaciones a una proliferación en cuanto al personal empleado. Nada mejor para medir la importancia y prestigio burocrático que el número de los propios subordinados. Ni existe nada mejor para facilitar la vida de un burócrata que

los obsecuentes subordinados que le ahorran ideas e iniciativas.

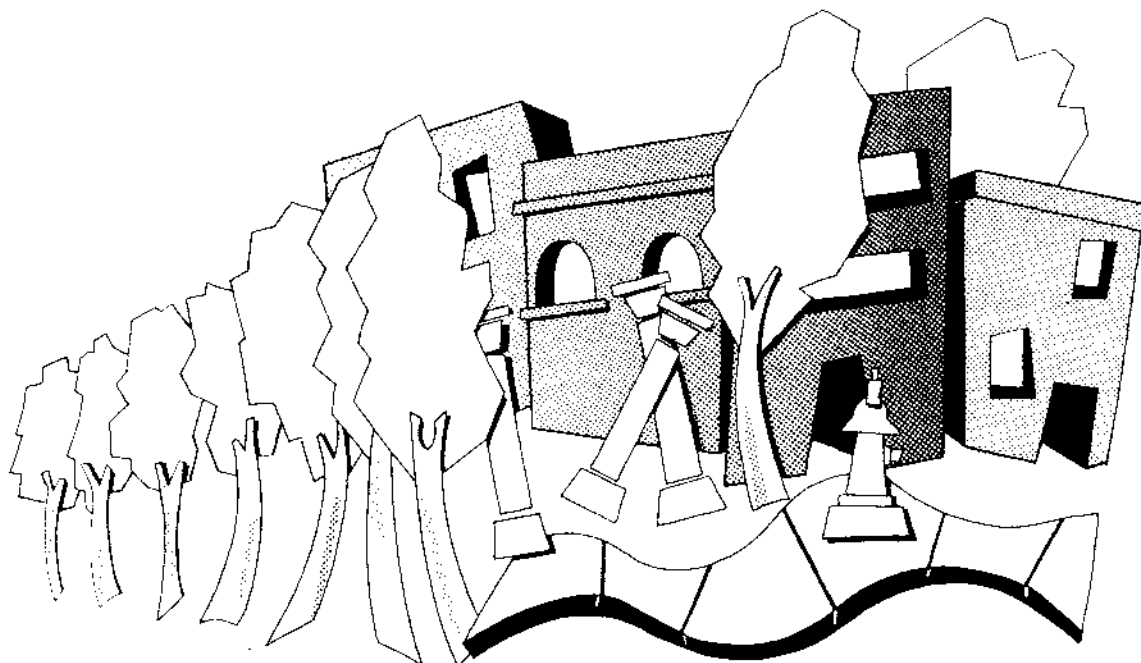
Pero lo más importante de todo es que la burocracia se justifica a sí misma. Esto lo vemos actualmente y con excepcional claridad en los EEUU. Nuestra vasta organización militar, lo mismo que el Departamento de Estado y las agencias de inteligencia, están luchando para preservar la noción de que todo lo que hacen es necesario y urgente; ese argumento que ha servido tan bien y por tanto tiempo para justificar doctrinas perdurables y presupuestos crecientes. Algunos se han lamentado abiertamente acerca de estos cambios, que podrían significar malévolas reducciones presupuestarias y la dolorosa obligación de pensar. El secretario de Estado adjunto, Lawrence Eagleburger, que es quizás nuestro más importante exponente actual de la verdad institucional, se quejó recientemente del fin de la guerra fría, a la que llamó "una época de notable estabilidad en las relaciones internacionales".

VACIO MENTAL DE PROPORCIONES

No obstante, el apego occidental a la verdad institucional o burocrática ha sido menor que el de los países de la Europa oriental. Por mucho que disgustara a algunos, en Occidente las ideas inconvenientes y sus consecuencias no pudieron ser suprimidas. En los EEUU, la justificación de la escala actual de nuestros gastos militares ha sido seriamente puesta en duda. Se ha llegado incluso a hablar oficialmente de reducir los presupuestos, aunque hasta ahora las reducciones propuestas se refieren —¡ay!— a los aumentos ya programados.

La persistencia de la verdad burocrática ha sido, pues, mucho mayor en el mundo socialista. Allí envolvió del todo y a la fuerza las creencias de quienes pertenecían a la estructura burocrática y luego se extendió hasta alcanzar del todo también a los de fuera.

En suma, el capitalismo en su forma original o primigenia no habría sobrevivido, pero al verse bajo presión, logró adaptarse. En su forma original y en cuanto a sus primeras



tareas, el socialismo tuvo éxito, pero no pudo adaptarse y en cambio fomentó una estructura política opresiva y represiva. Ahora que la ha extendido tanto, ¿cómo hará para adaptarse?

Dos cosas deben estar claras: aquellos que hablan, muchas veces alegremente y sin pensar, de un retorno al libre mercado estilo Adam Smith están equivocados al extremo de padecer de un vacío mental de proporciones clínicas. Es algo que nosotros los occidentales no aceptaríamos ni toleraríamos y a lo que no podríamos sobrevivir. La nuestra es una vida suave y protegida por el Estado; para los europeos orientales el capitalismo puro y riguroso no resultaría más aceptable que para nosotros.

PENALIDADES AGUDAS

Debe evitarse también a aquellos que suelen ver en el *shock* y las privaciones del corto plazo la promesa de un rápido mejoramiento económico. Según este criterio la privación misma es terapéutica. De cualquier forma de sufrimiento debería resultar algo bueno. Se deslizan incluso nociones teológicas: la penitencia es el camino hacia la virtud. Los ciudadanos destinados a sufrir no serán tan fácilmente convencidos como aquellos que, desde la distancia o desde posiciones de cierta comodidad personal ven virtudes en las penalidades. Y las conse-

cuencias políticas están lejos de ser atractivas. Este es un momento de gran libertad —muy bienvenida— en Europa oriental, pero sería realmente trágico que se la identificara con privaciones económicas inaceptables.

Si yo fuese asesor de los países del Este europeo recomendaría lanzar al mercado bienes y servicios no esenciales y sugeriría también el otorgamiento de préstamos de los bancos estatales, dando todo los pasos necesarios para adaptar a dichos bancos a esa finalidad. No debiera haber dudas —como ahora ocurre en la URSS en cuanto a establecer una relación del tipo empleados—empleadores privados. Por mucho que se la identifique con el capitalismo, son millones los que han sobrevivido a ella y la han disfrutado.

Sería más cauteloso y gradual en cuanto a entregar alimentos esenciales, alquileres y servicios de salud al libre mercado, ya que entonces las penalidades y el sufrimiento serían muy agudos. Además, debemos reconocer que ello supondría una actitud que a los así llamados —todavía— países capitalistas les resultaría inaceptable. Todos los países industrializados importantes subsidian grandemente su producción agrícola. En todos ellos, los precios de los productos del campo son más baratos o bien los que deben pagar los consumidores son más bajos que si no existiera la intervención del Estado. De igual forma, todos los países industriales adoptan

medidas especiales para proporcionar viviendas baratas, ya que no hay ningún lugar en que el capitalismo entregue casas baratas y de buena calidad. La salud pública es satisfactoria sólo allí donde a sido socializada.

PERSISTENTE TENDENCIA MALSANA

En cuanto a las típicas grandes empresas productivas, sería descabido que se las liberase de la supervisión ministerial, y que se las dejara responder de sus propias operaciones cuando se trate de enfrentar las demandas del mercado. Sus administradores y trabajadores recibirían así su recompensa por un buen rendimiento. Esto significa que podrían fijar sus propios precios y negociar con igual libertad para obtener sus insumos de las otras firmas entregadas al mercado. También aquí tendría que haber préstamos disponibles para financiar el crecimiento y las innovaciones. El castigo por fracasos y errores de cálculo debería recaer —difícil asunto— sobre los malos administradores. La cuestión de dónde radica la propiedad en último término carece de gran significado. En el mundo capitalista suele corresponder a unos accionistas desconocidos para la gerencia, pero si fuese del Estado, como ocurre a menudo, no importaría mucho. Lo que interesa es que las empresas productoras, lo mismo que los indi-

viduos, sean la expresión de su propia personalidad, con estímulos para sus éxitos y castigos para sus fracasos.

Se habla mucho de ir hacia la convertibilidad de las monedas y esto revela una ideología igualmente simplista. Mucho más importante es que el exceso de papel moneda acumulado en cada país sea inmovilizado. Hasta ahora, en el socialismo ha habido una tendencia persistente y malsana a proporcionar más dinero que bienes. Estos fondos hacen que la liberalización de los mercados sea sinónimo de inflación, como ahora ocurre en Polonia. Mediante una conversión monetaria debió exigirse a cualquiera que tuviese dinero efectivo por encima de cierta cantidad que lo guardara en forma de bonos con intereses a largo plazo, para mantenerlo fuera de circulación. Esto podría cumplir un papel muy plausible en otros países socialistas, incluso en la URSS.

EXTENDER PRESTAMOS Y DONACIONES

Hago estas sugerencias con cautela, ya que los países socialistas están recibiendo en estos momentos muchos más consejos acerca de los grandes problemas de convertibilidad y cambio que los que jamás podrían utilizar o incluso considerar. Leo acerca de una reciente misión a la URSS que instó a que se adoptara allí el patrón oro, para apoyar la total convertibilidad del rublo. Esto sería naturalmente muy bien recibido por aquellos pocos que resultarían inmediatamente poseedores del oro y es un fiel reflejo de muchos de los consejos que están traspasando la antigua "cortina de hierro".

Hay una medida acerca de la cual no cabe ninguna duda: los países occidentales y el Japón deberían acudir rápida y generosamente en auxilio de los países que ahora se encuentran en proceso de liberalización. Este es el momento en que lo necesitan. No debemos pensar que la libertad tiene un precio excesivo y así lo he reiterado. Como lo ha sugerido mi colega Jeffrey Sachs —de quien tal vez difiero en cuanto al efecto del trata-

miento de *shock*— tendría que suspenderse el servicio de la deuda.

Tampoco es éste el momento para charlas sobre austeridad de parte del Fondo Monetario Internacional. La asistencia positiva en forma de préstamos y donaciones no debiera limitarse a los bienes de capital; tendría que extenderse generosamente a los artículos de consumo y los alimentos, que son los rubros en que el socialismo presentó mayores fallas en el pasado y los más necesarios en la actualidad.

SENDERO QUE RECLAMA

Los recursos están disponibles en Occidente. Una de las consecuencias de lo ocurrido en estos últimos meses y que allí se advierte con una claridad innegable hasta para los más ardorosos exponentes de la verdad burocrática, es la reducción del peligro militar y la consiguiente menor exigencia de recursos públicos. Las medidas más obvias y elementales debieran consistir en utilizar en los fondos ahorrados para facilitar la transición; la transición hacia un mundo de mayor éxito económico, libertad política y seguridad militar.

Europa oriental y la URSS están pasando ahora por uno de los grandes períodos de la historia. Es un momento que nos pertenece también.

Vuelvo a la *ideología simplista*. Nada resultaría más desastroso para Occidente que un retorno al orden económico concebido por la vieja doctrina capitalista y celebrado todavía por sus más devotos teólogos. El sistema ha sobrevivido sólo gracias a su capacidad para adaptarse, en un contexto político liberal.

El socialismo debió afrontar la rebelión porque no logró adaptarse. Y eso, adaptación, es lo que requiere ahora. No una caída dramática hacia el capitalismo primitivo. Es un camino que no ha sido hollado y que no se puede recorrer adhiriéndose a normas rígidas. Un sendero que reclama —¡ay!— las dolorosas elaboraciones del pensamiento. Esto ha encontrado resistencia en todas las épocas de la economía y también la enfrenta ahora. Lamentablemente, no hay alternativa. ☐

